

No tenía yo razón, señores, me equivocaba al decirles á vds. que la herencia de mi tía Francisca no había sido sino un chasco. No, señores; me ha dejado un deber muy grato que cumplir y que quizá forme la dicha de mis últimos años.

Esperemos, mientras tanto, que la herencia de la viuda de Gausseman me sea provechosa de muy distinta manera, aun cuando no fuese sino para aumentar algo el caudal que



El conde Bachtriany.

reservo para el joven conde Estanislao de Bachtriany, á quien aprecio como á un hijo.

Por lo demás, ya sabremos mañana á que hemos de atenernos acerca de este particular. ¿Quién de vds. amigos míos, quiere acompañarme al pueblo de Cremilly?

Yo me ofrecí á acompañarlo, y al día siguiente por la mañana José y yo salimos para aquel punto.

(Se continuará).

En el mundo hay tres clases de ignorancias; no saber nada, saber mal lo que se sabe y saber una cosa distinta de lo que debe saberse.

DUCLOS.

Podríamos conocer la belleza del universo en cada alma si pudiésemos desenvolver sus pliegues.

LEIBNITZ.

El hombre es una cosa imperfecta que tiende sin cesar á una cosa mejor y mas grande que él mismo.

DESCARTES.

Quando desaparece la justicia no hay nada ya que pueda dar un valor á la vida de los hombres.

EM. KANT.

SEGUNDA SERIE.—1863.

LOS PROTOMARTIRES

DE LA LEALTAD ESPAÑOLA EN AMERICA (1).

I.—LA FUGA.

Era el 12 de agosto de 1810 hacía las seis de la tarde, cuando una pequeña tropa de hombres á caballo caminaba al gran trote por las arenosas orillas de Rio Seco, que atraviesa en toda su longitud diversos llanos.

No se componía aquella tropa mas que de diez personas. Las tres que marchaban delante, con el oído y el ojo avizor, atentos al menor ruido, eran tres guías indios fáciles en reconocer por el color de su piel y los vestidos que les cubrían.

Eran hombres de elevada estatura, jóvenes todavía, de espresivas facciones é inteligente fisonomía. Sus ojos hundidos en su órbita, tenían un brillo salvaje y una espresion de astucia y falsedad que no prevenían en su favor; empero los indios que conocían sin duda esta propiedad de su mirada, tenían cuidado de moderar su brillo, y velar su espresion bajo una aparente simpleza, y aun con un aire estúpido demasiado afectado para poder engañar á hombres habituados á tratar con los naturales de América.

Aquellos hombres iban completamente pintados y armados. Llevaban su lazo pendiente del arzon de la silla, y delante de sí una esterilla arrollada, y el saco de las provisiones de boca, y una larga carabina con el cuchillo y un hacha al cinto, y en el brazo izquierdo un ligero escudo de mimbreros cubierto de piel, y en la mano derecha una lanza terminada en una espina de pescado empapada en el jugo de plantas venenosas.

Los otros siete viajeros caminaban á alguna distancia detrás de ellos. Veíanse dos que llevaban el uniforme de oficiales superiores de la marina española, y que parecían los jefes de la caravana, algunos militares, y un hombre de venerable aspecto de los que los indios llaman jefes de la oracion (obispo) y un sagotkata (sacerdote). Todos eran fáciles de reconocer por españoles.

Dirigíanse al Alto Perú donde se proponían cumplir una alta mision. Habían salido de Córdoba de Tucuman, y hacia ocho dias que por sendas estraviadas caminaban, y habiendo salido de una pequeña poblacion á las tres de la mañana, se habían detenido al medio dia para dejar pasar el insoportable calor del sol, y en el momento en que los encontramos costeano las márgenes del Río Seco, solo hacia á lo mas dos horas que habían vuelto á ponerse en camino.

En aquellas regiones donde no hay crepúsculo, la noche viene casi repentinamente; así á medida que el sol declinaba en el horizonte, la sombra invadía en igual proporcion el cielo, y el momento en que desapareció el astro del día, fué noche completa.

El llano silencioso hasta entonces pareció despertarse de repente. Los pájaros entumecidos, aletargados por el calor,

(1) Todo lo contenido en este artículo ha sido escrito con presencia de documentos oficiales, siendo una exactísima fiel historia, á la que hemos querido darle el color dramático y estilo propio de la índole del Museo de las Familias, en el que bajo una forma agradable y ligera hace veinte años venimos dando á conocer á sus lectores, á grandes rasgos, la historia del mundo, y muy especialmente de nuestra patria.

comenzaron un formidable concierto al que venían á mezclarse por intervalos en las aun inesploradas profundidades de los bosques, los aullidos de las fieras que salían de sus madrigueras para acudir á apagar su sed á las márgenes de los arroyos.

Ora se venga del Océano Pacífico para la Banda Oriental ó se dirija uno desde Buenos Aires al Perú, hay que pasar los ásperos y rudos senderos que rodean las nieves eternas de la cordillera de los Andes, camino laborioso erizado de peligros sin número, á la margen de sus inmensas mesetas superiores que llaman *llanos*; es decir, las planicies ó praderas.

Las cordilleras de los Andes son montañas extraordinarias, únicas en el mundo, y que no tienen ningún punto de semejanza con los Pirineos, los Alpes, los Apeninos y todas esas magníficas cadenas de montes que de trecho en trecho cubren de eminencias el antiguo mundo, y que con su nevada cima parecen protestar á nombre del Criador contra el orgullo de sus criaturas.

A mas de dos mil metros sobre el nivel del mar, es decir, á una altura donde en Europa cesa toda vegetación, después de innumerables subidas y bajadas por lo largo de *barrancas* (torrentes) sin fondo, en senderos que marcan una línea apenas practicable á lo largo de abismos que mugen y zumban sordamente en las insondables profundidades de *quebradas* (aberturas en las Cordilleras), se encuentra uno de repente en los *llanos* rodeados por todas partes por las inmensas ramificaciones de la Cordillera que forman por decirlo así, un lecho á esa *flora*, rica, poderosa, caprichosa, de una vegetación increíble, y contra la que solo la India es capaz de luchar.

Aquellos *llanos* ó praderas se estienden á lo infinito abrigados por los nevados picos de las Cordilleras que cortan y forman un admirable contraste con aquella lozana naturaleza.

Un número incalculable de animales de toda especie se ocultan bajo las verdes cúpulas de los árboles de aquellas praderas que los indios bravos, que son los reyes de aquellos desiertos, recorren en todas direcciones montados sobre corceles tan feroces é indomables como ellos mismos.

Por uno de estos llanos caminaba el grupo de los españoles siguiendo á sus guías que conocían los mil rodeos del llano, y para los que la pradera no había guardado ningún misterio; reyes de aquel extraño país que ellos solos pueden recorrer de día y de noche, cuyos peligros no temen, y que los han domado por su feroz energía y su incommensurable orgullo, luchando cuerpo á cuerpo contra la civilización europea que adelantando paso á paso, los rechaza á sus últimos atrincheramientos, y los invade por todas partes.

Desgraciado el temerario español que se arriesgase á atravesar aislado por aquellos llanos, aquellos peligrosos y desconocidos caminos.

Continuaba el grupo de los españoles caminando silenciosamente, vigilando atentamente cuanto había á su alrededor para no verse atacado de improviso por algún enemigo invisible que pudiese acecharle en lo espeso del bosque.

Aquel solemne silencio era interrumpido á veces por los sordos rugidos de las fieras, y parecía pesar sobre aquella tosca y primitiva naturaleza. Por intervalos las verdes cimas de los árboles se inclinaban lentamente, cual si sobre ellas pasase un misterioso soplo y las obligase á encorvarse. Ha-

bía un no sé qué de extraordinario y terrible á la vez en el imponente aspecto que presentaba la Pampa en aquella hora de la noche, bajo aquel cielo deslumbrador de brillantes estrellas que chispeaban cual esmeraldas delante de aquella inmensidad sublime y aterradora que solo dejaba oír una voz;—¡la de Dios!

Llegaron á un punto donde los guías indicaron debía hacerse alto. Apeáronse los españoles, desensillaron los caballos, atáronlos á los árboles y tendieron sus mantas sobre el suelo.

Mirábanles los guías fijando sobre ellos sus salvajes ojos que parecían brillar en la oscuridad cual los de una fiera.

Aunque recelosos los dos jefes de marina españoles, porque hacia ocho días que caminaban sin acabar de llegar al término de su viaje por sendas desconocidas y extraviadas, desesperando sin duda leer sobre el impenetrable rostro de los salvajes el siniestro proyecto que encerraba su corazón, fueron á sentarse al lado de sus compañeros de viaje sobre las mantas y los ponchos.

Allí aquellos dos hombres de corazón, acostumbrados al mando, y á desafiar toda clase de peligros en la tierra y en los mares, recostados sobre un árbol, con los brazos cruzados al pecho, se pusieron á reflexionar profundamente la situación extraña y peligrosa en que se hallaban ellos y sus compañeros, solos en medio de un desierto lejos de todo socorro humano y entregados sin defensa posible á merced de unos salvajes feroces y codiciosos, de quienes justamente desconfiaban y que podrían llevarlos á manos de sus enemigos, que tal vez solo aguardaban una señal para precipitarse sobre ellos.

En efecto, los guías arrastrándose como reptiles por entre las matas desaparecieron, y al notar su desaparición miráronse con estupor los españoles.

De repente se oyó un horrible aullido y resonó con fuerza el grito de guerra de los insurgentes americanos al través de los montes y matorrales á veinte pasos á lo mas de los viajeros.

Al mismo tiempo partieron á la vez mas de cuarenta tiros cuyas balas silbando, vinieron á aplastarse sobre los troncos de los gigantes árboles tras de los que se habían colocado los españoles.

Era un destacamento de cien hombres montados en magníficos caballos que parecían tan feroces é indomables como sus jinetes mandados por don Antonio Valcarlos, enviado por el general insurgente Ocampo desde la ciudad de Córdoba, adonde había llegado el ejército revolucionario de Buenos Aires.

Arrojáronse sobre los españoles, saqueáronles cuanto llevaban, y aquello fué un desorden extraño y sin nombre; gritos, risas, insultos de aquella delirante tropa que vengaba con denuestos la admiración y el respeto que se habían visto obligados á tributar por muchos años á aquellos hombres que habían defendido contra el extranjero sus hogares y consagrado á su felicidad.

Aquellos siete españoles eran don Rodrigo Antonio de Orellana, obispo de Córdoba; don Santiago Liniers, jefe de escuadra, el defensor y recuperador de Buenos Aires; el brigadier de la real armada don Juan Gutierrez de la Concha, el atrevido viajero compañero del célebre Malespina que dió la vuelta al mundo, el segundo jefe del ejército conquistador de Buenos Aires, el gobernador de Córdoba, y organizador del plan que debía de anonadar la insurrección de Buenos

Aires; de su asesor don Vitoriano Rodriguez; el coronel de milicias don Santiago Allende; el oficial real don Joaquin Moreno, y el presbítero don Pedro Jimenez Alcántara, capellan y secretario del obispo.

Todos fueron atados sin consideracion á su alta clase y colocados sobre sus caballos y conducidos por medio de espantosos páramos, de cárcel en cárcel, sin comunicacion los unos con los otros, desnudos casi, y espuestos á la intemperie y á los ardores de un sol abrasador, sin mas alimento que un trozo de carne á medio asar, con direccion á Córdoba de donde habian salido para organizar la defensa del país que la patria les habia confiado.

No debian de llegar á aquella ciudad. Despues de andar cerca de doscientas leguas, el jefe de la escolta á los catorce dias de su penoso viaje, mandó hacer alto en la Pampa del monte de los Papagayos, cerca de la posta conocida con el nombre de la Cabeza de Tigre, el dia 26 de agosto.

II.—LA INSURRECCION.

Jamás se desarrollan las pasiones de un modo mas vivo que en las épocas críticas de la humanidad. Cuando surge una de esas catástrofes, uno de esos sucesos terribles que detienen de pronto la vida normal de una sociedad para poner en duda cada dia el porvenir de cada uno, entonces se desencadenan todas las pasiones. El freno de la moral no contiene ya á nadie. Cuando se lee en los historiadores la relacion de las pestes, por ejemplo, de los azotes, de las plagas que amenazan la existencia de una ciudad entera, asombra de un modo singular este fenómeno, y no se sabe cómo explicarlo.

Las revoluciones radicales como la gran insurreccion de la América española, dan igualmente nacimiento á hechos semejantes. Entonces se ven súbitamente mostrarse en los corazones los sentimientos mas contrarios, que crecen y se desarrollan con una escesiva rapidez cual si la vida fuese fatalmente demasiado corta, para permitirles seguir su curso natural.

Al recorrer ese gran periodo de la historia de nuestros dias, se encuentran una multitud de detalles que nos permiten penetrar en la existencia íntima de todos esos héroes que en el Nuevo Mundo sostuvieron lealmente el estandarte de su patria, y cuya muerte permaneció casi ignorada aun de sus contemporáneos de Europa, porque la atención de Europa se hallaba embargada con el estruendo de las batallas y de su lucha gigantesca con el guerrero del siglo, Napoleon I.

El ejemplo de la emancipacion de la América inglesa debia un dia producir sus frutos. La Inglaterra resentida del auxilio que imprudentemente habia prestado España á la emancipacion de sus colonias y celosa de su dominio en el Océano, habia procurado destruir su marina y disminuir sus posesiones trasatlánticas armando asechanzas contra sus colonias de América. Ya por la Luisiana tuvo que sostener España una guerra con la Inglaterra así como por las Maluinas, islas inmediatas á la punta meridional de América, que logró conservar en su poder. Despues tuvo que guerrear con los portugueses por la colonia del Sacramento, situada á la orilla septentrional del río de la Plata cuya posesion consiguió á cambio de una vasta estension de territorio en el país de las Amazonas. El Paraguay quedó tambien entonces en

poder de España y fué agregado al vireinato de Buenos Aires acrecentando su importancia comercial.

En 1806, una escuadra inglesa, al mando del almirante Popahan y del general Beresford, sube atrevidamente el río de la Plata y marcha directamente sobre Buenos Aires, de que se apodera por capitulacion el 27 de junio, á los cuatro dias de haber desembarcado, porque no supo defenderla el virey, marqués de Sobremonte.

El capitán de navío, don Santiago Liniers, comandante del apostadero de Buenos Aires, no toma parte en aquella capitulacion y marcha á Montevideo y desde allí á la colonia del Sacramento, donde halla reunida una escuadrilla al mando del capitán de fragata don Juan Gutierrez de la Concha, y ambos conciben y combinan la audaz empresa de arrancar á los ingleses la ciudad de Buenos Aires. Parte la atrevida expedicion de la colonia del Sacramento el 3 de agosto, llega el 4 á Buenos Aires, y en dos divisiones, á cuya cabeza se colocan Liniers y Concha, á pesar de un recio temporal que contraria y retarda sus operaciones, atacan el dia 9 en que mejora el tiempo la ciudad; rechazan á los ingleses, logran encerrarlos en la plaza de la Catedral, fortificada, que se disponian á asaltar, cuando el dia 12 se entregaron los ingleses á discrecion, dejándoles la generosidad de los vencedores los honores de la guerra, y quedando en poder de los españoles mil doscientos hombres, veinte y seis cañones, las banderas del regimiento núm. 71 y un rico botin de mercaderías inglesas, regulado en sesenta millones de reales.

Reconquistada Buenos Aires, Liniers y Concha dimiten los mandos que se habian ellos mismos tomado, no para usurparlos, sino como el marinero que en la confusion de una tempestad se apodera del timon para conducir al puerto el bajel, ó como el soldado que en medio de una batalla y falto de jefes se apodera del mando y salva el ejército.

El virey dejó de comandante general de las armas á Liniers, previendo un nuevo ataque de los ingleses, y el gobierno del rey nombró brigadier de marina á Liniers, y á Concha gobernador intendente de Córdoba de Tucuman, la segunda ciudad del vireinato, y capitán de navío.

Tenia la Inglaterra que vengar el honor de sus armas, y á fines de octubre del mismo año, el almirante Murray se presenta en el río de la Plata con una numerosa escuadra y quince mil hombres de desembarco al mando del general Whitelocke. Sitian á Montevideo, donde se hallaba el virey Sobremonte, lo asaltan y logran apoderarse de la plaza el 3 de febrero de 1807.

Preparóse á marchar todo el ejército inglés sobre Buenos Aires y llegan á su vista el 23 de junio.

Liniers y Concha, cuya amistad se habia estrechado en el campo de batalla y que debia de durar hasta su muerte, que juntos debian recibir, se dividieron el mando del ejército para defender Buenos Aires, como un año antes se lo habian dividido para recobrarlo de los ingleses. Liniers mandaba el cuerpo de ejército, y el gobernador de Córdoba, Concha, la reserva, con dos divisiones en que se hallaban los marinos. Casi todos estos le conocian, todos le amaban por haberle visto elevarse poco á poco en la marina hasta el grado de capitán de navío por su intrépidez y serenidad en los peligros. Dificilmente, jamás se habia dado un ataque mas extraordinario ni mas desastroso. Bajo los muros de Buenos Aires pereció la mayor parte de aquel ejército inglés de quince mil hombres. En la parte del retiro que mandaba Con-

cha á la cabeza de cuatrocientos marinos, tuvo éste que contener por espacio de tres horas á mas de tres mil ingleses con su general en jefe á la cabeza, y despues de perder doscientos hombres y recibir dos heridas, continuó aun peleando, hasta que cargado por el número, fué hecho prisionero. La pérdida de su segundo jefe redobló el ardor del ejército español, y vencido en todos los puntos el ejército inglés, tuvo que capitular y abandonar definitivamente las conquistas que habia hecho en aquella parte de la América, saliendo del rio de la Plata.

El 7 de julio se firmó el tratado entre Liniers y el general Whitelocke, por el cual, ambas partes se devolvian recíprocamente los prisioneros, debia entregarse á los dos meses la plaza de Montevideo á los españoles, y ser considerada como país neutral por las fuerzas inglesas durante la guerra, la ciudad de Buenos Aires y todos los puntos de su vireinato.

La Inglaterra y la España se hallaban en guerra, empero muy pronto se iban á convertir por las circunstancias políticas de la Europa en estrechas aliadas y combatir juntas en diversos campos de batalla.

En Buenos Aires se acuñó una medalla de plata de gran módulo en honor de los vencedores, en que con un dibujo alusivo se leia:—«A los defensores de su rey y de su patria, Liniers, Concha y Lasala: Buenos Aires defendida, 5 de julio de 1807.» El brigadier Liniers fué nombrado jefe de escuadra y virey de Buenos Aires y comendador de Arens del Maestre de la real y militar orden de Montesa, y el gobernador de Córdoba, Concha, promovido á brigadier de la armada.

Cuando llegó á América la noticia de la entrada del ejército francés en España en 1808 y la abdicacion de los príncipes españoles en Bayona trasladando á Napoleon la corona, el mismo deseo de independencia y de libertad que hizo en Europa rechazar las huestes del capitan del siglo, se dejó sentir en las colonias. El Brasil habia servido de asilo á los reyes de Portugal obligados á huir de Europa á las regiones de la América. Liniers hizo proclamar en Buenos Aires al rey Fernando VII y renunció públicamente el gran cordon de la Legion de honor que el emperador Napoleon le remitia por su victoria sobre los ingleses en el año anterior, con un enviado, el baron de Sastre, encargado de hacer reconocer en aquellas regiones como rey de España á José Napoleon.

La envidia y la emulacion forjaron una conspiracion para deponerlo del mando á pretexto de su nacimiento en Francia, olvidando que se habia criado en España, y vertido por ella su sangre. Liniers prefiere la tranquilidad pública á la conservacion del mando, y lo dimite en manos de la audiencia, empero la aclamacion unánime del pueblo y del ejército se lo hace volver á tomar.

La Junta Central de Sevilla lo releva á sus instancias del vireinato concediéndole el título de Castilla de conde de Buenos Aires y una pension de cien mil reales sobre las cajas de aquel vireinato, para el que nombra al teniente general de la armada don Baltasar Hidalgo de Cisneros.

Liniers se retira entonces á Córdoba al lado de su antiguo amigo el gobernador don Juan Gutierrez de la Concha.

Allí descansaba en 1810 en el seno de la amistad cuando los que intentaban emanciparse del gobierno de la España, difundiendo por el pueblo que los funcionarios españoles conspiraban para entregar la América á Bonaparte, desearon gobernarse por sí mismos, declarándose independien-

tes de la regencia de España, y sujetos solo á Fernando VII, no atreviéndose aun á proclamar la independencia absoluta.

El mismo virey Cisneros, demasiado débil, fué colocado á la cabeza de una junta popular el 24 de mayo, cuya junta al dia siguiente 25 arranca su total abdicacion al mismo virey abandonado de su ejército, juguete de las adulaciones de los revolucionarios. Depuesto de su autoridad, vuelve sus ojos á Liniers, á quien confiere todos sus poderes para que valiéndose del prestigio de su nombre en el pueblo y en el ejército, haga el último esfuerzo para apagar el fuego revolucionario que amenazaba incendiar toda la América. Un joven intrépido llamado Labin se presta á servirle de mensajero, y llega á Córdoba á las once y media de la noche del 28 de mayo. La fatalidad y la inesperienza le hacen dirigirse á casa del dean de aquella catedral, don Gregorio Funes, con quien le unian relaciones de amistad. Aquel eclesiástico era el agente oculto de la revolucion en aquella ciudad, y acompaña aparentando el mas ardiente celo por la causa del rey, al mensajero al palacio del obispo y á la casa del general Liniers, con objeto de penetrar sus planes y de inutilizarlos, revelándolos á los rebeldes de Buenos Aires.

En aquella misma noche, y al amanecer del 29, reunió el gobernador intendente don Juan Gutierrez de la Concha en su casa al general Liniers, al obispo, á los alcaldes de primero y segundo voto, al asesor del gobierno don Victoriano Rodriguez, al coronel de milicias don Santiago Allende, al primer oficial real don Joaquin Moreno, á dos oidores, y por mera política al dean Funes, á pesar de que tenia algunas sospechas sobre su opinion.

Comenzaron por prestar juramento en manos del obispo de guardar el mas escrupuloso secreto, hasta que los sublevados comunicasen oficialmente la noticia, tomando entretanto las medidas necesarias para su seguridad. Desconfiaba Liniers de las tropas cordobesas y propuso salir para el Perú con objeto de levantar un ejército respetable, y caer con él sobre Buenos Aires, ó rechazar en el campo las fuerzas que aquella ciudad enviase para insurreccionar las provincias interiores. Todos se conformaron con esta medida, la única salvadora, menos el sagáz Funes que la combatió con todas sus fuerzas, tratando de probar que la sola presencia del general Liniers bastaria á sofocar la sublevacion, siendo inútil su salida para el Perú. Adoptóse sin embargo, y entonces el traidor dean formó secretamente partido, hizo poner en movimiento varias partidas que obstruyesen el paso, é interceptasen las comunicaciones con el Alto y Bajo Perú.

La sublevacion promovida por el dean Funes, que se fugó despues de haber penetrado los planes de los leales jefes españoles, suspendió la salida de Liniers y de Concha, que se dedicaron á circular órdenes á los comandantes de los fuertes, y á los oficiales de milicias del campo para que se reuniesen en Córdoba con toda la tropa disponible, cañones y armamento. La reunion de las tropas del país en Córdoba, fué funesta. Ardía en aquella ciudad un terrible fuego revolucionario, aunque artificioosamente encubierto, que podia pervertirla. Entonces Liniers y Concha determinaron sacar las tropas al campo. Siguiéronlos el obispo y los mas adictos al gobierno español.

El gobernador Concha abrazó tiernamente á sus hijos, y se despidió de su esposa, doña Petra Irigoyen de la Quin-



tana, que acababa dehacerle padre, pocos días antes, de una hermosa niña. Terrible fué aquella separacion que los nuevos peligros que iba á correr podian hacer eterna.

Doña Petra, que aunque nacida en Buenos Aires, tenia un alma enteramente española, pronunció, al separarse de su esposo que le manifestaba que ni aun en presencia de la misma muerte renegaría de su patria, estas célebres palabras dignas de una matrona de la antigua Esparta.

—Pues manten tu resolucion, sin que en ella te quebran-te la memoria de tus hijos y de tu mujer.

Salieron de Córdoba al frente de las tropas Liniers y Concha, empero era tan malo el espíritu de estas, que todas se desbandaron á la primera jornada, quedando solos veinte y ocho oficiales, casi todos europeos.

En tan inesperado apuro no quedó mas arbitrio que la desordenada fuga por diversos caminos y veredas. El valiente general Liniers, y el intrépido gobernador Concha, deseando á todos sus dignos compañeros, una fortaleza de ánimo capaz de superar los graves peligros de que se veian rodeados, señalaron por punto de reunion el Alto Perú, á donde ellos trataban de dirigirse, aplicando para ello todos los esfuerzos de su denodado espíritu y arrojada decision, valiéndose de tres guías que por estraviadas sendas los llevasen á su destino.

Hemos visto el modo con que aquellos guías desempeñaron la mision de estos hombres que confiaron á sus manos su vida, y el porvenir de aquellos países.

III.—EL MARTIRIO.

La Pampa del monte de los Papagayos donde se habia mandado hacer alto á los prisioneros, debia de ser su sepulcro.

A los pocos momentos, y á las once de la mañana del 26 de agosto, llegó un delegado de la junta revolucionaria de Buenos Aires, el abogado don Juan José Castelli, con don Nicolás Peña como secretario, el coronel French que habia sido ayudante del general Liniers, y muy favorecido por él, con varios oficiales y unos cincuenta soldados.

Al encontrarse con los prisioneros Castelli, bruscamente, y por vía de salutacion, les intimó que todos iban inmediatamente á morir.

Aquella orden hiere á todos como un rayo. No habia medio de eludirla, era forzoso obedecer.

Despues de un gran rato, declaró solo que el obispo y su capellan quedaban exceptuados de la comun sentencia, debiendo sufrir una confinacion perpétua. En vano el obispo puesto de rodillas rogó, suplicó, instó por sus compañeros, con lágrimas en los ojos, para que se les dejase en libertad de salir de aquellos dominios; su demanda fué negada en los términos mas altivos y soeces.

Pidió al menos la suspension de la sentencia por algunos dias para que se dispusiesen á morir como cristianos. A pesar de la irreligiosidad con que oyeron sus ruegos les concedieron el término fatal de tres horas, atándoles entretanto fuertemente los brazos á la espalda con cordeles. Aquellos hombres acostumbrados á mirar la muerte cara á cara en los campos de batalla y en medio de los embravecidos mares, que habian respetado las balas de los ingleses, el sol de los trópicos y los hielos del polo, oyeron resignados aquella sentencia que los condenaba á morir en medio de un desierto

de la América, y su voz formidable en las batallas ni aun se alteró, cuando el brigadier Concha por último favor pidió se le permitiese escribir á su esposa para despedirse de ella y de sus cuatro tiernos hijos. Se le negó bárbaramente el que les diese un eterno á Dios diciéndole con mofa y desprecio, que solo se les habia concedido aquellas tres horas para su disposicion espiritual pero por ningún estilo para la testamentaria.

El brigadier Concha inclinó la cabeza, una lágrima abrasadora rodó por su tostada mejilla, empero no profirió ni una queja, ni una espresion de pesar.

Cuando el capellan del obispo confesó y auxilió á todos sus compañeros de desgracia, se llegó al brigadier Concha y recibió de boca de éste el testamento oral que debia un dia transmitir á su familia, y que la intolerancia revolucionaria le impidió consignar por escrito.

Las últimas palabras del brigadier Concha, fueron: Decid á mi esposa que quiero que haga educar á mis hijos en mi patria. Yo rogaré á Dios por su felicidad.

Llegó la hora de las dos de la tarde: el momento fatal. Los soldados que guardaban los prisioneros les quitaron los cordeles que los sujetaban á fin de que pudiesen andar é ir al sitio designado para el suplicio. Resonó entonces el aire con el santo y religioso eco de las voces con que les auxiliaba el capellan y que humildes repetian los españoles.

Con gran serenidad marcharon al suplicio el general Liniers y el brigadier Concha. Uno y otro al ir á vendarles los ojos se negaron á ello, diciendo que habian visto muchas veces la muerte para temerla en aquella ocasion que coronaba sus servicios al rey y á la patria.

Hincáronse de rodillas con todos los demás delante de la tropa.

Entonces el obispo Orellana, en quien es facil juzgar la terrible y profunda impresion que le causaba aquella catástrofe, trémulo, con lágrimas en los ojos, pudiendo apenas pronunciar las palabras, dió la absolucion á sus compañeros de infortunio y de los que estuvo á punto de ser tambien compañero de martirio.

Una descarga hizo caer en tierra á aquellos cinco mártires de la lealtad española, y á otra segunda descarga exhalaban el último aliento.

French, ayudante del general Liniers, deudor á su favor de sus adelantos en la carrera militar, se acercó al cadáver de su bienhechor y asestó un pistoletazo en su sien. Esta fué la señal de la profanacion de los cadáveres de las victimas. Despojáronlos de sus vestidos, los injuriaron con denuestos, en su impotente cólera hundieron las bayonetas y los sables en sus cuerpos, que horriblemente mutilados presentaron muy pronto una informe masa de huesos y carnes destrozadas. Trataron de dejar insepultos los cadáveres para que sirviesen de pasto á los buitres y gallinazos, aves de rapina.

Prohibieron bajo las penas mas rigurosas, que ni los hijos, esposas, parientes, amigos de los mártires ni cualquiera otra persona hiciese exéquias fúnebres, ni demostracion alguna de dolor, procurando así sepultar en el olvido el gran crimen con que la revolucion americana acababa de mancharse en la Pampa del monte de los Papagayos.

Este primer crimen debia tener muchos imitadores y la América que iba á luchar por su independencia, iba á escribir con sangre su historia, cayendo siempre en la mas deplorable anarquía sin haber podido hasta ahora llegar á la libertad.

Terminada la obra del verdugo Castelli, á la caída de la misma tarde del 26, colocó en medio de la escolta al obispo y su capellan á quienes habia perdonado la vida y que se hallaban en un estado indecible de angustia y postracion por las terribles emociones que habian sufrido, y sin la menor deferencia y consideracion á su sagrado carácter, fueron conducidos á la Guardia de Lujan, noventa leguas distante del lugar del sacrificio, donde debian permanecer por mucho tiempo en una incómoda choza de paja sin comunicacion por escrito con todo el mundo, y aun sin la verbal mientras que el comandante que los custodiaba no concedia su espreso permiso.

Apenas se habian marchado de la Pampa de los Papagayos Castelli y sus sicarios, algunos habitantes de una casa de postas ú hospedería situada allí cerca, y llamada de la Cabeza del Tigre, acudieron á la pampa y cerciorados de que nadie podia verlos ni oírlos, se determinaron á enterrar los cadáveres en un foso que abrieron en aquel desierto campo.

Uno de ellos, que debia ser persona entendida, para burlar la prohibicion de los que intentaron hasta hacer olvidar el nombre de las víctimas, coloca sobre la sepultura una tosca cruz de madera, sobre la que escribió la palabra CLAMOR. Esta palabra la formaban las iniciales de los nombres de las víctimas allí sepultadas y del venerable obispo que las bendijo en su muerte.

Aquella cruz fué un indicio seguro para que el clamor que exhalaba sirviese al cabo de medio siglo para hallar los restos mortales de aquellos héroes á quien la historia ha vengado, y pudiesen ser trasladados al dulce suelo de la patria por quien sufrieron los primeros en América un glorioso martirio!.....

IV.—UNA MADRE.

Abandonada Córdoba por su gobernador el brigadier don Juan Gutierrez de la Concha, que con el general Liniers y otros fieles españoles habia marchado al Alto Perú á organizar un ejército fiel que debia salvar el país, la populosa ciudad de Córdoba apasionada y turbulenta, se entregó á todos los excesos de la revolucion. La casa del gobernador quedó desierta, y los que antes hacian gala de concurrir á aquella mansion, huyeron de ella. La soledad reinaba en aquella casa que el populacho asaltó, saqueando y destruyendo cuanto en ella habia. Por un resto de pudor solo respetaron la estancia en que yacia en cama la esposa del brigadier Concha, no repuesta aun de su reciente parto. El terror que experimentó al ver asaltada su casa por esa turba frenética y salvaje, la incertidumbre sobre la suerte de su esposo, la lucha que habia tenido que sostener para salvar á sus tres hijos con los que se habia retirado á aquella estancia rodeada de ellos, y con la niña en sus brazos que apenas habia recibido el primer beso de su padre, le hicieron dar penetrantes gritos y caer en una crisis nerviosa cuyas consecuencias sufrió por largo tiempo.

Sus bienes fueron confiscados y los de su esposo, y por público pregon se impuso la pena de la vida al que los ocultase ó guardase alguno de sus papeles. La suerte de su marido fué un secreto para ella; por humanidad se la dejó en esta feliz ignorancia, si bien sufrió todas las agonías de la incertidumbre, mas crueles aun que la realidad.

Restablecida apenas de su parto, marchó á reunirse á Buenos Aires con su familia, siempre con la esperanza de que salvado su esposo volveria á reunirse á ella y á sus hijos. Un año entero permanece en Buenos Aires, buscando un asilo en una casa de campo donde vivió en el olvido y las privaciones, rodeada de sus cuatro hijos, Juan, Manuel, José y Carmen, de los que el mayor, de cinco años, comenzó á ser víctima de la intolerancia de los insurgentes.

Aquella madre [infeliz que no podia formarse la idea de la separacion del esposo á quien amaba, se consagraba enteramente á la educacion de sus hijos, y cuantas veces la necesidad la obligaba salir de su casa, experimentaba un sentimiento indefinible de pesar, y al volver á ella se imaginaba, viéndose rodeada de aquellos tiernos niños, que vendria un día su padre á compartir los santos trabajos de su educacion.

Hay instantes en la vida en que la soledad nos es mas penosa aun que de costumbre. Entonces la imaginacion se exalta, y la mas ligera circunstancia toma á nuestros ojos unas proporciones y una importancia que no tienen en otros momentos. Muchos dias, doña Petra Irigoyen, sola en aquella casa, donde rodeada de sus hijos daba expansion á su inalterable afecto de tierna madre, miraba con doloroso placer el retrato de aquel que no vivia ya, ¡ay! sino en su recuerdo.

Creia que permaneciendo en país insurgente seria difícil volver á ver y aun tener noticia de su esposo.

A riesgo de ser asesinada con sus cuatro hijos, se vió en la casa de campo por unos negros y salvada milagrosamente.

Entonces supo en toda su estension que Dios la habia condenado á la viudez y á sus tiernos hijos á la horfandad. Entonces oyó de boca del secretario del obispo don Pedro Jimenez Alcántara, que habia asistido en los últimos momentos á su esposo, el testamento de su amor, y su voluntad de que sus hijos fuesen educados en España, y se propuso llenar el inmenso vacío que dejaba su muerte, con santa abnegacion é incesantes cuidados.

Quiso seguir su inspiracion heroica y abandonar el país en que habia nacido y trasladarse con sus cuatro hijos á Montevideo, donde el general don Gaspar Vigodet sostenia aun el pabellon español.

Llega á Montevideo y el gobernador Vigodet y todos los españoles saludan con veneracion á aquella viuda ilustre que llevaba en su frente la doble aureola del heroismo y del dolor.

Dos años duró el sitio que los insurgentes pusieron á Montevideo. Era imposible la venida á España, empero cuando la guarnicion española tuvo que capitular rendida la plaza, salió de ella con su defensor el general Vigodet en un buque que la trasladó á Rio Janeiro.

Allí se embarco con sus hijos en una fragata española que pasaba á España.

En aquel buque iba tambien un pobre religioso de San Francisco que habia sufrido todas las penalidades del sitio de Montevideo, animando con la palabra y el ejemplo á sus defensores.

Aquel buque conducia en aquel religioso y aquellos huérfanos niños, altísimos personajes que debian influir poderosamente en lo sucesivo en los destinos de la España en dos diversos reinados. El religioso era el futuro general de la órden de San Francisco, grande de España, consejero de

Estado, arzobispo actual de Toledo y cardenal de la Santa Iglesia Romana: fray don Cirilo Alameda y Brea.

Aquellos niños huérfanos debían ser un día uno ministro de España en las cortes extranjeras; otro capitán general de ejército, grande de España, presidente del Senado, y otro teniente general, título de Castilla, embajador y ministro en la actualidad de su reina. Dios no había apartado la vista de aquella familia. Los ángeles, aquellos amigos de los antiguos patriarcas, que los acompañaban en sus viajes protegieron su navegación.

Al llegar á Cádiz la Providencia guardaba á la viuda del mártir el consuelo inesperado de ser recibida por un pariente suyo, el general Irigoyen, que mandaba en la isla de Leon. Dios iba á hacerla madre tan feliz, como había sido desgraciada viuda. El rey Fernando VII recompensó la lealtad de su esposo siendo el decidido protector de sus hijos.

Sin mas herencia que el glorioso nombre de su padre, uno de los protomártires de la lealtad española en América, y sus cuidados maternales, pudo fundadamente presentar al morir, pronunciando el nombre del esposo á quien tanto amó, y con el que al fin iba á reunirse, la futura elevación de sus hijos, y la felicidad de su hija por un enlace cuya ventura han venido á destruir los dolores de la viudez.

V.—EL SEPULCRO DE LOS MARTIRES EN LA ISLA DE LEON.

Mas de medio siglo ha transcurrido desde que Liniers, Concha, y sus compañeros derramaron su sangre en la Pampa del monte de los Papagayos.

El virreinato de Buenos Aires, es la república argentina, y la España ha reconocido esta república.

La cruz del CLAMOR demandaba muda, pero enérgicamente, mas honrosa sepultura para las víctimas primeras que hizo aquella insurrección hoy triunfante.

En enero del año 1861, fueron exhumados los cadáveres. Derqui, presidente de la Confederación Argentina, y descendiente de Rodríguez, una de las víctimas, queriendo honrar su memoria, dispuso que se trasladasen los restos mortales al Rosario, donde se les hicieron los honores fúnebres. Sabedoras de ello las autoridades españolas, dispusieron se les tributase el mismo honor. Entonces Derqui en obsequio de la España se prestó espontáneamente á entregar tan preciosas cenizas; y el gobierno español dispuso que una fragata de guerra pasase de Buenos Aires al Rosario para recogerlas y trasladarlas oportunamente al panteón de los marinos ilustres en la isla de San Fernando, en donde la religiosa piedad de los hijos de Liniers y de Concha, los preparan un digno mausoleo, donde descansen aquellos valientes que fueron el orgullo y la gloria de la marina española.

Sus retratos se hallan colocados en un sitio de honor en el Museo Naval de Madrid.

Temprano ó tarde producirá su fruto la sangre de los protomártires de la lealtad española en América. Son la simiente de la mies del porvenir: ninguno de ellos vió ese porvenir, empero lo prepararon y esa es su gloria. El hombre pasa, pero Dios queda, y lo que Dios quiere ha de ser: porque El solo es paciente y no cuenta los siglos, que no son ni aun los minutos de la eternidad. En el mundo los hombres somos los instrumentos del gran Artífice Divino. Quizás lo disfruten nuestros nietos y los bendecirán al ver levantarse

nuevamente otra España allende los mares. Quizás algún día, cuando se calmen las pasiones y desaparezcan los hombres que han sido actores en las terribles escenas de que han sido víctimas aquellos pueblos, imiten el ejemplo que les ha dado la primera colonia que fundaron los españoles en América.

La isla de Santo Domingo, que se alzó y declaró independiente en la misma época que ellos, despues de haber hecho diversos ensayos republicanos, despues de haber agotado todos los medios para conciliar la paz y la prosperidad con la independencia, ella misma, sin escitacion de nadie, y haciendo uso de su libertad soberana, ha declarado en 1861 su reincorporación á la antigua metrópoli, la España, aclamando por su soberana á su reina doña Isabel II, y celebrando como el mas fausto suceso de sus anales su vuelta al seno de la madre patria!....

EL CONDE DE FABRAQUER.

VIADUCTO DEL CAMINO DE HIERRO

DE LION AL MEDITERRANEO, ENTRE TARASCON Y BEAUCAIRE.

Cubierto está el suelo del antiguo mundo de ruinas que dan la mas alta idea del estado de las artes y de las ciencias en aquellos remotos tiempos que nosotros miramos como la infancia de la civilización.

Las pirámides y los templos del Egipto, los anfiteatros ó acueductos romanos, las catedrales de la edad media, asombran nuestra imaginación, y parecen deber humillar lo presente. Pero no; tambien nuestro tiempo dejará monumentos que atestigüen prodigiosos descubrimientos y progresos en la ciencia y en la industria, progresos que modificarán el estado social, mas que cualquiera otra influencia lo ha hecho nunca. Los mas notables de éstos monumentos, de los que muchos escuden con gran ventaja á lo que se llamaba *obra de romanos*, son hoy los túneles, y sobre todo los viaductos de los caminos de hierro.

La publicidad de los periódicos ha dado á conocer los puentes de Colonia, de Kehl, de Burdeos. Se ha presentado la estampa del famoso puente británico que une la provincia de Gales y la isla de Anglesey, atravesando el estrecho de Menay, y que ha costado cincuenta y cuatro millones de reales, empleados en los medios mas ingeniosos para llevar á cabo ejecución tan difícil.

Hoy damos la imagen del viaducto colocado sobre el Ródano para el servicio de la orilla izquierda del ferro-carril de Lion al Mediterráneo.

Este viaducto formado de arcos de hierro colado, ha costado cinco años de trabajo, y veinte y siete millones de reales de gasto. Se ha abierto al público el 17 de julio de 1852.

Como los grandes viaductos de Colonia y de Menay, el de Tarascon se halla colocado en el centro del mas pintoresco paisaje. La vista de los castillos construidos en la edad media sobre las orillas del Ródano, es una de las mas hermosas y lindas que puede encontrar el ojo del viajero al pasar velozmente en un wagon el delicioso Mediodía de la Francia.



Viaducto del camino de hierro de Lion.